

Editorial

Una revista semestral como la nuestra no puede analizar lo que acaba de suceder poco antes de su composición ni tampoco, obviamente, describir los escenarios posibles en el campo de las luchas sociales ni los desenlaces eventuales de las mismas. Nos tendremos que contentar, por lo tanto, con registrar el hecho de que en el duro enfrentamiento político en torno al reparto de la renta agraria y a la política económica nacional que tuvo como protagonistas a la nueva derecha argentina, apoyada por vastos sectores de las clases medias urbanas y rurales, y el gobierno, que favorece al sector industrial, los movimientos sociales permanecieron al margen, sin voz ni capacidad de iniciativa o, peor aún, fueron cooptados por alguno de los dos contendientes. También permanecieron mudos los mismos industriales debido a sus relaciones con el capital financiero y sus inversiones en el sector capitalista rural. Aquellos movimientos sociales que esbozaron una actitud independiente en esta pugna entre los grandes exportadores de granos, la agroindustria, los rentistas rurales y el capital financiero y la gran industria, la industria liviana para el consumo interno y su representación política en el gobierno, no pudieron pesar, sin embargo, por no poder ofrecer una alternativa ni tener representación política. Los movimientos sociales, en efecto, tienen un peso político objetivo, pero lo que resulta decisivo, en las situaciones de crisis, es la capacidad de presentar una alternativa a los problemas políticos y sociales que desbordan sus propios intereses y, así, de disputar la hegemonía cultural y política a sus adversarios. Esta observación viene particularmente al caso porque el objetivo de este número del *OSAL* es presentar a los lectores el comienzo de un balance de conjunto sobre el estado en que se encuentran los diversos movimientos sociales en nuestro continente y qué problemas deben enfrentar en algunos países clave de la región.

Publicamos así estudios sobre los movimientos sociales en la Argentina, el Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra en Brasil, los movimientos campesinos y de los pueblos originarios en relación con las autonomías en Bolivia, el curso de los movimientos sociales en México y los problemas que se les presentan en Paraguay después de

la elección –que saludamos– de Fernando Lugo. Por razones de espacio dejamos para otro número los casos de Ecuador, Venezuela y Colombia, aunque la entrevista con Silio Sánchez sobre el poder popular y la educación popular en Venezuela y la importante toma de posición sobre la situación colombiana de un intelectual tan prestigioso como Orlando Fals Borda –cuyo reciente fallecimiento es una gran pérdida para las ciencias sociales latinoamericanas– llenan parcialmente ese vacío.

También refuerzan el objetivo central de este número un estudio de caso –la construcción de una empresa capitalista sin capitalistas ni capitales y con una dirección obrera anticapitalista en la fábrica ceramista recuperada Zanon, en la Patagonia argentina– así como documentos de diversas organizaciones indígenas, campesinas, sindicales y sociales sobre la necesidad de enfrentar al agronegocio en Brasil o, en especial, sobre la movilización de los financieros y capitalistas rurales contra el gravamen a las ganancias extraordinarias de los sojeros en Argentina. En relación a Zanon, presentamos junto a la revista el elocuente documental *Corazón de Fábrica*, ganador del concurso Otras Miradas.

Resolvimos además conmemorar los movimientos estudiantiles y obreros en 1968-1969 en México y Argentina, que fueron dos de los momentos más altos de la rebelión democrática de esos años en nuestro continente, no sólo para hacer un balance retrospectivo de un importante momento histórico. En efecto, buscamos también poder ver más detalladamente –para entender las formas y ritmos disímiles que hoy mismo asumen los procesos de cambio social en cada país– las particularidades socioculturales y organizativas en México y Argentina, en el Norte y en el Sur de nuestra América, de un proceso mundial de construcción de la conciencia democrática y libertaria colectiva que en otros continentes asumió formas diferentes.

Nos preocupa la actual situación, que no queremos observar pasivamente. En efecto, desde fines de los años setenta, los trabajadores, los campesinos, los sectores más pobres de América Latina, así como los del resto del mundo, enfrentan una ofensiva política y económica del capital financiero internacional contra los ingresos, los salarios reales, las conquistas históricas y los salarios indirectos de los productores.

La riqueza inmensa que estos originan con los aumentos de productividad y los progresos científicos y técnicos está cada vez más concentrada en pocas manos y destruye simultáneamente la Naturaleza y las bases de la civilización, que sólo es posible en un equilibrio con aquélla y con una sociedad donde la palabra justicia no sea mera retórica y no crezcan de modo exponencial las desigualdades sociales, lanzando a la miseria y la hambruna a cientos de millones de seres humanos.

La feroz pretensión de que la propiedad privada del recurso suelo no debe tener límite ni cortapisas lleva a la vez a la destrucción de los bosques de la Amazonia y de los montes nativos en todo nuestro continente, a la desertificación de vastas zonas y a la carestía de los alimentos y su desaparición del consumo popular en países que, como la Argentina, pueden alimentar a una población quince veces superior a la que tienen. Persiguiendo solamente la ganancia, se tiran millones de litros de leche a los campos y se finge ignorar que la tierra tiene también una función social –producir alimentos– y no es sólo un mero medio de producción.

La crisis alimentaria mundial, debida a que el capital financiero se apoderó de la agricultura y de la vida rural y las puso al servicio de sus ganancias, se expresa en nuestros países, tan ricos en recursos naturales y en tierra, en un ataque contra los movimientos campesinos, contra los sindicatos obreros y rurales, contra toda forma de organización y solidaridad social, contra las clases pobres urbanas y en una ofensiva a fondo contra la posibilidad de construir la indispensable soberanía alimentaria de cada pueblo, de reducir drásticamente la pobreza y de eliminar la miseria y el hambre.

El aumento constante del precio de los combustibles no renovables reforzará, con las plantaciones de biocombustibles, este ataque contra los bosques; con la sojización, contra las tierras con agricultura campesina diversificada; y con la deforestación resultante de ambas, la amenaza contra el agua. Elevando los precios de los insumos agrícolas, expulsará a otros millones más de campesinos y agotará otros millones de hectáreas en los países latinoamericanos si no se le ponen frenos a estas políticas mundiales, exigiendo la intervención de los estados frente al llamado “mercado” (o sea, frente a los intereses del capital financiero) pero también y, especialmente, con la movilización de los movimientos sociales para imponer proyectos de desarrollo nacional y continental alternativos, justos y respetuosos de la Naturaleza.

Es alentador, en este sentido, que comience la acción unificada por ese tipo de proyectos nacionales en México, con el Diálogo Nacional, en Venezuela, con las Misiones, entre los pequeños productores rurales organizados en Vía Campesina en todo el continente, e incluso en sectores de la Argentina que buscan un camino independiente y van más allá de la indispensable oposición a los especuladores y dueños de la tierra y del también indispensable apoyo al derecho-deber del gobierno de hacer pagar impuestos a quienes más tienen.

La ofensiva mundial del capital financiero internacional modifica el uso del suelo, con la sojización en Brasil, Paraguay, el oriente boliviano y la Argentina, y amenaza a Venezuela; también modifica el territorio, transforma a Uruguay en una gran hacienda productora de soja y eucaliptus,

destruye poblaciones, expulsa campesinos; los forrajes para las vacas ajenas se comen los cultivos alimentarios y las culturas y pueblos campesinos e indígenas. Pero, sobre todo, al concentrar el poder y la riqueza y al atacar a los movimientos sociales, esa ofensiva no acepta las reglas democráticas ni las mismas instituciones capitalistas históricas. Vemos así como el poder dictatorial del ejército, los paramilitares y los narcotraficantes, con la colaboración de Estados Unidos e Israel, aplasta a Colombia, y cómo en Venezuela, Bolivia, Ecuador y Argentina crecen grupos de intereses que a la luz del día trabajan por la secesión (del oriente boliviano, de Guayaquil en Ecuador) o declaran no acatar las constituciones o las leyes que no les convienen, a las cuales oponen su sabotaje económico, sin reparar en medios ni límites.

Frente a esta situación, hay quienes piensan que los movimientos sociales están en pleno reflujo y han sido cooptados por los gobiernos, o derrotados, porque en el fondo creen que esos movimientos, en especial los campesinos, que dependen de las cosechas, si no están en una permanente línea de ascenso, desaparecen. Además, confunden los gobiernos, que son el resultado, el subproducto, de los movimientos sociales anteriores a las elecciones, con dichos movimientos, que actúan en cambio movidos por las necesidades. Y olvidan que la reacción de la derecha política y social y de EE.UU. ante la acción hacia adelante de los trabajadores y oprimidos de nuestra América podría provocar otra ola de acción, ahora mucho más independiente de los gobiernos y mucho más radical, precisamente porque la ofensiva brutal que los pueblos están sufriendo, de un lado, los deja ante la alternativa de luchar o retroceder más de un siglo y, de otro, encuentra a grandes sectores con mucha más autoconfianza y un nivel de organización que es cada vez más independiente de las burocracias y los partidos que antes los controlaban.

De ahí que como revista miremos hacia lo que sucede en los movimientos y no solamente hacia los gobiernos y las expresiones burocráticas de estos, conscientes, sin embargo, de los límites de los movimientos sociales y de su gran heterogeneidad, así como de la necesidad general de apoyarse en ellos para dar una solución política a la crisis y crear instrumentos políticos que los unifiquen. De ahí también que nos interese en particular por ver cómo muere —si es que muere— lo viejo, y cómo está naciendo —si es que nace— lo nuevo y, en vez de hacer una fotografía en blanco y negro de este momento, tratemos de ver matices dentro de un proceso que está en movimiento, que tiene sus alzas y sus bajas y diferentes avatares, pero que se opone a la opresión nacional y a la fría e inhumana política neoliberal.

Guillermo Almeyra